

REVISTA LITERARIA

DE

1844

EL ESPAÑOL,

SEMANARIO

DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES,

DIRIGIDO

POR D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.



TOMO II.

MADRID.

Imprenta á cargo de D. Anselmo Santa Coloma,
plazuela de ISABEL II, número 6.

1844

EL ESPAÑOL,

REVISTA LITERARIA,

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N. 1.º

DOMINGO 1.º DE JUNIO DE 1845.

LITERATURA COMPARADA.

HISTORIA DE LAS LITERATURAS ESPAÑOLA Y FRANCESA, POR
ADOLFO DE PUIBUSQUE. = PARIS 1845.

Si en nuestros juicios buscamos imparcialidad, si queremos evitar de buena fé las preocupaciones del espíritu nacional llevado á un extremo, es preciso que antes de todo oigamos los votos de los imparciales y aun de los émulos, á fin de que el choque entre intereses distintos, opuestos é indiferentes, dé por resultado lo mas conforme con la razon y aproximado á la verdad. Con tan sana intencion hemos examinado con bastante detenimiento la obra cuyo título citamos en el epigrafe, y desde luego no podemos menos de confesar que nada tiene nuestra literatura de que quejarse de su juicioso y elegante autor, que derrama á manos llenas tesoros de recóndita y selecta erudicion sobre nuestros escritores, desde los orígenes de nuestra lengua hasta muy cerca de nuestros dias.

Recios y repetidos han sido los ataques dirigidos á las obras del ingenio español: unos han atribuido la corrupcion del gusto, que como enfermedad endémica ha reinado entre nosotros en épocas determinadas, á cierta influencia no pasajera y accidental, sino indígena y constante de nuestro clima: otros, y entre ellos un grande hombre, ha encontrado tal escasez de producciones tolerables en la literatura española, que solo nos ha hecho merced de un buen libro. Mas para nuestro consuelo podemos facilmente observar y probar que muy poco, y esto pocas veces oidas, se alcanzaba de nuestras cosas á esos autores dominados de otra parte por el espíritu de escuela tan sujeto á errores y preocupaciones como el mismo espíritu nacional. De los que abrazaron con ardor nuestra causa, se ha dicho que han llevado su entusiasmo á la exageracion; y en el mismo juicio

acerca de esta obra leyó M. Villemain á mediados de 1842 á la academia francesa, acusablandamente de parcialidad al atrevido y brillante Schegel en su *Curso de poesia dramática*, al sabio é ingenioso Sismondi en su *Historia literaria de la Europa meridional*, y á lord Holland en sus *Ensayos sobre Guillen de Castro y Lope de Vega*.

Libre de semejante nota debieron considerar, tanto aquel insigne literato como la Academia, el trabajo de M. Puibusque, cuando en el concurso extraordinario del referido año se le adjudicó el premio propuesto á la siguiente cuestion: «*Cual hubo de ser á principios del siglo XVII la influencia de la literatura española sobre la francesa.*» Pero á esta fórmula se dió por incidencia mayor latitud, estendiéndola ademas á indagar el modo y condiciones con que la literatura francesa utilizó en varias épocas el comercio intelectual con otras naciones, sin menoscabo de su carácter original. El campo era vasto; pero M. Puibusque lo abrazó con singular maestría, tal, que no será muy comun entre estrangeros un conocimiento tan profundo y tan completo de los escritores de nuestra nacion que no ha estudiado seguramente por el nuevo catálogo de sus obras; pues á mas de lo que puede haber sacado de los que le han precedido en una parte aislada de su exámen, ilustra la cuestion con observaciones nuevas y luminosas, de que á nadie es deudor mas que á su propia diligencia. Y tal gusto le ha tomado al parecer á los monumentos primitivos de nuestra lengua, que ofrece para muy en breve (y suponemos habrá cumplido su promesa) una traduccion del *Conde Lucanor* del infante D. Juan Manuel, libro precioso de entretenimiento, anterior en época, superior en limpieza de moral, aunque inferior en gracia de invencion y de estilo al *Decameron* de Boccaccio, del cual anda Florencia tan orgullosa.

Debemos lamentarnos de que una historia que tan de cerca nos toca no sea tan conocida como debiera en España; pues á muchas personas curiosas y regularmente al nivel de las novedades que aparecen en la república universal de las letras hemos hablado de ella, y hemos visto que ignoraban su existencia. Nuestro objeto al escribir el presente artículo se reduce á llamar la atención de los interesados en nuestras glorias hácia una producción que creemos de la mayor importancia, no solamente por su erudición sino también por la filosofía con que enumera, pesa y analiza los elementos que ya por la tendencia natural de las cosas, ya por el impulso de fortuitas circunstancias se han repellido, atraído y combinado en varias proporciones, hasta formar productos admirables que han ejercido poderosa influencia en las ideas de los respectivos pueblos.

Es en verdad curioso y sumamente instructivo el contemplar los dos grandes fenómenos de invasión literaria que se verificaron, el uno ya entrado el siglo XVII, cuando la musa francesa recibió las inspiraciones españolas, y el otro á principios del siglo siguiente cuando las ideas de nuestros vecinos, infiltrándose en las costumbres, en los trajes, en la legislación y en todos los accidentes de la vida social no pudieron menos de avasallar también la literatura, cuyo campo además encontraron abandonado y sin defensa. Las causas generales se comprenden fácilmente. La preponderancia relativa en política, el punto ocupado en la carrera de la civilización, en la cual las naciones se adelantan y quedan rezagadas alternativamente, los enlaces entre personas reales que dan alguna vez el tono á la culta sociedad, la aparición de varones eminentes en saber ó en ingenio, el ejemplo de hombres influyentes, las emigraciones, en fin mil vicisitudes y circunstancias que no se ocultan á la mas ligera observación. Pero esto no basta: es menester descender á pormenores, pasar en revista los individuos, las pandillas, las predisposiciones, los esfuerzos, las resistencias, las casualidades, las causas determinantes. Esto es lo que se ha propuesto el apreciable autor, y á nuestro modo de ver lo ha desempeñado con acierto.

La verdadera literatura francesa, aquella en que la nación de Luis XIV funda su gloria, no había nacido todavía cuando la nuestra había lle-

trada, en un período de espantosa decadencia, cuando aquella ya fuerte y robusta pudo devolver de la masa de sus beneficios el caudal que había recibido y aumentado. Pero esta especie de restitución nos aprovechó muy poco por de pronto. La casta de los hombres de genio se había extinguido en España: quedaban algunos eruditos que, pagados de las meras formas, creyeron que ellas bastaban para la regeneración que habían concebido. Para esto se necesitan modelos á mas de preceptos, y los modelos no aparecieron hasta mucho después tras de tentativas desgraciadas. La lucha de la nueva escuela con los restos de la antigua fue larga, ácre, pero desmayada. El público se convenció de que si había de gustar aquellas bellezas que tanto se le ponderaban debía buscarlas en el mismo original, y la lectura de los españoles vino á reducirse á los libros franceses. Los tiempos cambiaron, y después, según la expresión de Cervantes en el Persiles, «ni varón ni muger dejaba de aprender la lengua castellana,» la francesa se ha ido introduciendo como una parte indispensable de la educación.

En la obra de que tratamos se hallan consignadas las grandes obligaciones que mutuamente se deben los dos pueblos; pero al paso que los franceses lograron asimilar lo nuestro convirtiéndolo con ventaja en su propia sustancia, y vaciándolas en su molde nacional, nosotros tomamos lo de ellos sin poderlo decir, y ni seguimos la antigua senda, ni emprendimos la nueva con el ánimo resuelto y el paso firme é inteligente que convenia, hasta que de pocos años á esta parte el genio se va emancipando, y anuncia una nueva era en que resplandezca por su propia luz.

Este renacimiento es el que no describe M. Puibusque, ni es fácil hacerlo, cuando no se halla todavía consumado, y debe considerarse le como parcial en determinados ramos. Falta esta página á la historia comparada, y en la ligera alusión que en ella se encuentra lo presente anda confundido con lo venidero, la realidad con las esperanzas. No podía ser de otra manera. Una citación tomada del final de la obra pondrá en evidencia el pensamiento del autor.

«Haya el día de mañana en España entre todos los conflictos que la dividen y la agorran un pensamiento vigoroso que pueda llamarse pensamiento nacional; y desde aquel momento el

genio castellano volverá á ser lo que antes fue y tal vez mas de lo que ha sido en ningun tiempo; porque conciliará los verdores de la juventud con la madurez de la edad; y el horno de sus pasiones fomentado sin cesar por los rayos del sol del mediodia, arderá con luz mas viva, y no menos abrasadora: ese orientalismo, legado á las veces inoportuno de los tiempos caballerescos, será como el acero, que cuanto mas pulimento y flexibilidad recibe, otro tanto aumenta en solidez y esplendor. Tales son por lo menos los votos de todos los que se interesan en la prosperidad de una literatura, que fue grande un tiempo, y cuya frente cubierta con el velo del dolor, no ha perdido su noble altanería. ¡Plegue al cielo que sin rehusar el tributo del comercio extranjero, conozca que sus mas preciados tesoros estan en los criaderos de sus propias minas, que no desprecie los recursos que se le ofrecen, antiguos ó nuevos, que no aleje de su seno ninguno de sus modelos ya acreditados, ni haga desmayar á los ingenios nacies, ni tarde en llamar de su destierro al hombre que puede servirle de guía (1).

»Para que una literatura progrese, es necesario que utilice todas las influencias del pensamiento, á la manera que la náutica utiliza todos los vientos: pero no olvide que su bajel es la nacionalidad, bajel espuesto á infalibles naufragios, si los pilotos que quieren acelerar su curso no saben desplegar sus velas y recogerlas con prudente oportunidad.

»La palabra *humanidad* exalta en nuestros tiempos con tal vehemencia las almas generosas que al hablar de *nacionalidad* es preciso fijar bien el sentido para que nadie atribuya al noble objeto que espresa una significacion sobrado lata ó en demasia limitada. No hay duda en que seria cosa magnífica el contemplar al universo convertido en un taller único é inmenso, donde todas las inteligencias trabajasen de consueo en llevar al grado mas eminente la civilizacion humana. Pero ¡cuántos obstáculos darian al través con tan maravillosa empresa! Si es verdad que la confusion nació el mismo dia en que los hom-

bres trataron de entenderse, una nueva tentativa de mancomunidad ¿no produciria iguales efectos? Los que no leen los designios de la Providencia escritos con bastante claridad en variedad infinita de las inteligencias y de los caracteres, examinen siquiera los resultados irrevocables que estan á la vista de todos. La division de las lenguas ha ordenado sin recurso la otra division del trabajo intelectual: cada idioma tiene su tarea señalada, su lugar fijo en el taller: una industria especial y útiles diferentes: elaboren todas una misma materia y produzcan á porfía un artefacto semejante: estimúlense, auxiliense mutuamente, de forma que una idea amasada por la una se labre y torne por la otra, como el metal que de la mina pasa al crisol y del crisol al buril. Nada mas racional sin duda; pero es preciso que trabajen separadamente y cada cual á su manera: hay aqui algo mas que un convenio arbitrario: hay un efecto necesario de una combinacion orgánica. ¿Cómo pudieran tacharse de egoistas los que atienden á su labor mas que á la del vecino? ¿No ven que cada uno de ellos tiene su disposicion y su habilidad, y que no depende de su alvedrío el ser á la vez geómetras y poetas, músicos y estatuarios? ¡Atacaremos el *individualismo* de estos grupos de hombres que se llaman naciones? Pero cuidado que si admitimos el principio tendremos por el rigor de la consecuencia que atacar tambien el *individualismo* de estos grupos menos numerosos llamados familias, porque la institucion es la misma aunque en distinta escala, y nos veremos obligados á reconvenir á la naturaleza que les inspiró los afectos y los instintos que les rennen, conservan y perpetuan: no hay por lo mismo mas justicia ni mas cordura en condenar el patriotismo que en proscribir el amor paterno ó el amor filial.

Tan natural y tan santa para las letras como para los estados, la nacionalidad es el anillo que abraza todas las fuerzas intelectuales y morales de un pueblo: es el conjunto de condiciones y circunstancias determinadas: origen, posicion, costumbres, lenguaje, todo, hasta el clima influye sobre su carácter y lo marca con un sello indeleble. Pero sean cuales fueren los tipos nacionales ¡ay de las literaturas advenedizas que las alteran hasta el punto de hacer indescifrable su primitivo cuño! Serán como las plantas arrancadas de la tierra que las ha nutrido: perecerán separadas de sus raíces. ¿Qué se han hecho las li-

(1) Esta expresion, segun una nota puesta posteriormente, alude al Señor Martínez de la Rosa, y en ella se plica el autor de su vuelta á España. ¡Voto inútil! El señor Martínez de la Rosa fuera de su elemento, elevado á funciones ajenas de su vocacion y tal vez de sus conocimientos, ¿no está mas desterrado de la España literaria que cuando la intolerancia de los partidos le tenía apartado de la España política?

teraturas antiguas cuando se ha querido resucitarlas? Todas se han visto heridas de muerte desde que abiertas á todas las invasiones han tenido que rasgar sus banderas y derribar sus ya débiles muros. Aprendamos en esta lección grabada en tantas ruinas. Estúdiense á sí misma cada una de las literaturas: para las que se van formando, la nacionalidad es el primer germen de vida: para las que empiezan á decaer la nacionalidad es su fuente de regeneración.»

Por este pasaje en que se compendia el espíritu que domina en la obra podrán nuestros lectores formar idea de la elevación desde la que mira su objeto el apreciable autor. Todo español sentirá una complacencia indecible al ver que hay fuera de nuestro gremio quien no solo aprecia concienzudamente el valor de las riquezas literarias que nos legaron nuestros padres, sino que no ve el fin de esta inexhausta fuente de bellezas que todavía nos queda por explotar sin salir del camino trillado. Si no tuviéramos fé en el porvenir, si vieramos que debían prolongarse sin término estas contiendas que distraen los espíritus de las dulces ocupaciones del entendimiento y de la fantasía, si por el contrario temiésemos que nuevas trabas hubieran de encadenar el ingenio que con ellas no puede medrar, nos contentaríamos con las pasadas glorias, y no osaríamos arrostrar una comparación, que cediendo cada día en nuestra desventaja no pudieramos en breve sostener. Pero no pensamos tan tristemente, y esperamos que la época presente encontrará todavía un historiador que no la deje desairada.

ARQUEOLOGÍA.

RESTOS DE VENERABLE ANTIGÜEDAD QUE AUN SUBSISTEN EN EL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE CARDEÑA.

Cuando la mano de la revolución mas activa que la del tiempo ha hecho desaparecer tantos y tan venerables monumentos de gloria y de piedad nacional, y cuando sin que el gobierno haya tratado de evitarlo, la especulación de los particulares sacrifica á usos menos nobles los restos que se salvaron de la tormenta, se hace mucho mas importante el recoger siquiera en la memoria y consignar en el papel lo que todavía se conserva aunque descuidado ó mutilado, ó fuera de su lugar. Si el abandono consuma la obra de destrucción que empezó la violencia, si la codicia disloca ó traslada nuestras riquezas

monumentales á otros países, donde con menos valor tienen mas precio, sepanmos á lo menos si existen y donde pueden ser visitados ya como prodigios del arte, ya como documentos para la historia.

Nos proponemos ir reuniendo con religioso respeto las noticias que nuestra diligencia ó el favor de nuestros amigos puedan proporcionarnos; y desde luego empezamos por una muy curiosa y exacta que se nos ha venido á las manos sobre el estado actual del famoso monasterio de San Pedro de Cardena en que se hallan vinculadas las tradiciones mas honrosas en todos sentidos para nuestra patria: el valor, la galantería, la lealtad no reñida con la mas noble independencia, y el primer objeto que cantaron á porfía la musa épica española y la musa popular en sus enérgicos romances.

La relacion que tenemos á la vista y es parte de un expediente auténtico de fresca data dice así:

En la iglesia de este monasterio, cuyas altas bóvedas atestiguan la elevación del sentimiento religioso en el siglo XV, se hallan junto al altar mayor los sepulcros de la Reina Doña Sancha su fundadora, de su hijo Teodorico, del Conde Garcí-Fernandez de Castilla, hijo del Conde Fernan-Gonzalez, y finalmente el de Doña Ava, muger de Garcí-Fernandez, y nieta del Emperador Don Enrique.

La capilla lateral de la epístola es, aunque pequeña, muy elegante, y pertenece al estilo de arquitectura ojival florido. En la inmediata llamada de los Reyes, Condes é ilustres varones y en cuyo centro subsiste aun el sepulcro del Cid y de Doña Jimena su muger (si bien abierto y vacío desde la traslación á Burgos de los restos que contenia verificada en 19 de junio de 1842) se hallan, segun manifiestan sus inscripciones, los enterramientos de D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid; Doña Elvira, Reina de Navarra, hija de este; Diego Rodriguez, hijo del mismo, á cual mataron los moros en la hacienda de Consuegra; Doña Teresa, muger de D. Diego Lainez, hija del Conde Don Nuño Alvarez, madre tambien del Cid; Don Ordoño, sobrino de este; Martin Pelaez, el Asturiano; el Conde D. Pedro, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez y hermano del Conde Garcí-Fernandez; D. Nuño Alvarez de Lara; Hernan-Cardena, caballero del Cid; Alvaro Alvarez, sobrino de este; Doña Juliana, hija de Anton Antolinez de Burgos y muger de D. Fernando Diaz; Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro, nieto del gran Conde Fernan-Gonzalez; Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid; D. Ramiro, Rey de Leon, hijo del Rey D. Alonso el Magno; Doña Maria Sol, Reina de Aragon, hija del Cid Don Sancho, Rey de Aragon, yerno de este Don Diego Lainez, padre del Cid; Doña Fronilde, hija del gran Conde Fernan-Gonzalez; Don Albar Yañez Minaya, primero del Cid; Lain Ca-

vo, primer Juez de Castilla; D. Gomez de Gormaz; Fernando Alonso, sobrino del Cid; Pedro Bermudez, sobrino de este y su Capitan; Martin Antolinez, su sobrino tambien; Bermudo Sandinez, y en fin de D. Gonzalo Nuño, hijo del Conde D. Pedro, nieto del gran Conde Fernan-Gonzalez.

Enfrente de esta capilla está otra llamada de los Santos Mártires, por estar erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados doscientos monjes martirizados por los moros en tiempo de su invasion. Esta ala del claustro, que segun consta de los autores apoyados en documentos, y aparece de los caracteres de su arquitectura, en dictámen de los arqueólogos es del tiempo de la fundacion del monasterio, á saber, el siglo VI, parece muy probable sea el único ejemplar de arquitectura que de su época quedó en España, merced á la devastacion sarracénica. Se compone de una serie de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles, y estos muy variados, hallándose algunos que se asemejan bastante al corintio; pero la ejecución de todos es muy tosca. Cuatro de estos capiteles están incluidos en la capilla que acabamos de nombrar, y allí pueden verse y examinarse de cerca, á diferencia de los demas de la ala que solo se ven al través de estrechas ventanillas abiertas en unas puertas. Entre los capiteles de columnas y los arcos de los arcos hay unas impostas segun era uso en el siglo VI.

Á los pies de la iglesia están los sepulcros de Gil Díez, criado del Cid; y del Obispo de Salamanca don Jerónimo. En la capilla de Santa Catalina, á la cual se pasa por la sacristía (en donde estaba la claustra antigua, sepultura de las personas notables que refiere el historiador Berganza), hay un elegantísimo arco ojival florido, digno de estudiarse por los artistas.

En un ángulo del claustro procesional, que es uno de los tres de que consta el ex-monasterio, se ven unos arcos pequeños tapiados que han juzgado dignos de estudio varios arqueólogos que han visitado á San Pedro de Cardena. Este claustro, que es el segundo, es de arquitectura grave y magestuosa, de estilo greco-romano, y ademas de los arcos de que se acaba de hacer mención, se ve en él una puerta ojival primitiva tapiada y unos cancellos de la antigua iglesia que estaba en el ala de enfrente de la en que se halla la actual, los cuales cancellos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia está el ala del de los Santos Mártires de que ya hecha mención.

El primer claustro ó patio pertenece á aquel gusto que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y

otros artistas en la primera mitad del siglo XVI. El tercer claustro es insignificante.

El aspecto exterior del monasterio, tanto por la gravedad de sus fachadas como por su conjunto y posición, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no puede omitirse aquí el hallarse incluido en él el sitio en que hasta el año de 1711 estuvo el palacio del Cid, ademas de las particularidades que se acaban de citar, y otras bellezas, que como los retablos y sobre escalera se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del ex-monasterio de S. Pedro de Cardena un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Ademas de los objetos que acabamos de indicar existen en el interior de este ex-monasterio dos piezas ocupadas con los efectos de la nacion, pertenecientes al número 4.º de los inventarios hechos en 1855 al tiempo de la esclaustracion: en la una que servia de biblioteca hay cerca de dos mil volúmenes, todos los que constan del inventario que obra en el gobierno político de Burgos, á escepcion de los que trasladó á la misma ciudad el gefe político señor de Vedia.

Hay ademas cuatro cuadros grandes de escritores benedictinos, y son, Haimonio Abad, Rabano Mauro, Alcuino y Graciano: tambien dos muy pequeños de nuestra Señora de los Desamparados y la del Pilar; y finalmente en la otra pieza que servia de archivo se conservan los siguientes manuscritos en pergamino de letra antigua: 1.º Sobre los decretales. 2.º Teología sobre Santo Tomás. 3.º Libro 6.º sobre los decretales. 4.º Breve del Papa Bonifacio sobre estudiantes de Salamanca. 5.º Sobre derecho canónico. 6.º Historia de Pedro Trecento. 7.º Otro derecho canónico. 8.º Comentarios sobre los evangelios. 9.º Biblia Sacra. 10. Un legajo en pergamino que contiene las etimologías de S. Isidoro. 11 Diccionario de letra gótica. 12. Un papel impreso, Comentarios sobre Aristóteles.

ARMAS DE LOS SEPULCROS.

1.º D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid, tiene por armas un escudo partido por medio de arriba á abajo; el lado derecho está dividido en dos partes; en la superior están las cadenas cruzadas, armas de Navarra en campo de sangre; en la inferior están flores de lis; y en la parte izquierda están dibujadas las armas del Cid; tiene una corona sobre el sepulcro.

2.º Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid, cuatro bandas negras en campo de oro, un leon con un hacha de armas en campo de plata, tres coronas de oro en campo colorado, otro leon rapante en campo de oro; tiene corona de oro sobre el sepulcro.

3.º Diego Rodriguez, hijo del Cid, tiene las armas de su padre, que son una cadena de oro que cerca el campo verde.

4.º Doña Teresa, madre del Cid, tiene por armas un león rojo rapante en campo de plata.

5.º D. Ordoño, sobrino del Cid, tiene armas como las de Fernando Alonso.

6.º Martín Peláez, el Asturiano, tiene por divisa un brazo armado con una espada en la mano, la punta hacia arriba en campo de sangre.

7.º El Conde D. Pedro Fernandez, hijo del gran Conde Fernán-González, tiene por armas un castillo en campo de sangre.

8.º El Conde D. Nuño Álvarez de Lara tiene por armas dos calderas de oro con serpientes en campo colorado.

9.º Hernán-Cardena, caballero del Cid, tiene por armas un escudo partido de alto á bajo; en la parte derecha la divisa del Cid, en la izquierda cuatro hojas de plata en campo colorado.

10. Alvaro Álvarez, sobrino del Cid, tiene por armas las de Lain Calvo, que son un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro.

11. Doña Juliana, hija de Anton Antolínez de Burgos, tiene por armas un escudo cuarteado, y contrapuestas dos flores de lis en campo de sangre, y dos cruces coloradas en campo blanco.

12. Fernán-González tiene por armas las de su padre, y una cruz de plata en campo colorado, insignia de los Condes soberanos de Castilla: este era hijo del Conde D. Pedro, y nieto del gran Conde Fernán-González.

13. Fernando Díaz, hermano bastardo del Cid, tiene por armas las de Lain Calvo.

14. D. Ramiro, Rey de León, hijo del Rey D. Alonso el Magno, tiene por armas un león rojo rapante en campo de plata, y sobre el sepulcro tiene una corona.

15. Doña María Sol, hija del Cid, Princesa de Aragón y Condesa de Barcelona, tiene por armas un escudo cuarteado, contrapuestas las armas de Aragón con las del Cid, y sobre el sepulcro una corona.

16. D. Sancho, Rey de Aragón, yerno del Cid, tiene por armas las de aquel reino, y sobre el sepulcro una corona.

17. D. Diego Laínez, padre del Cid, tiene por armas las de Lain Calvo.

18. Doña Fronilde, hija del gran Conde Fernán-González, tiene por armas un castillo en campo de sangre.

19. D. Alvar Yañez Minaya, Capitán del Cid, tiene por armas cinco rocles de oro en campo de sangre.

20. Lain Calvo, primer Juez de Castilla, tiene por armas un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro.

21. D. Gómez de Gormaz tiene por armas un castillo en campo de sangre.

22. Hernando Alonso, sobrino del Cid, tiene por armas un escudo partido de alto á bajo;

en el lado derecho está la divisa del Cid, y al lado izquierdo está dividido en dos partes al través; en la parte superior está una cruz colorada en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre.

23. Pedro Bermúdez, sobrino del Cid, tiene por armas las de Lain Calvo.

24. Martín Antolínez también sobrino del Cid, las de Lain Calvo.

25. Bermudo Sandiáñez tiene por armas las de Navarra.

26. D. Gonzalo Núñez, hijo del Conde D. Pedro y nieto del gran Conde Fernán-González, tiene por armas un castillo en campo de sangre y una cruz encima.

LITERATURA ESTRANJERA.

MUESTRA DE TOMAS MOORE.

La república literaria lo mismo que la mercantil se enriquece á favor de cambios recíprocos, que se verifican ya por traducciones, ya por imitaciones y reminiscencias. Cada nación tiene su escena predominante que explota determinadas bellezas por los medios que son peculiares á su carácter; y si no existiera aquel arbitrio, si hubiéramos de recurrir á las fuentes primitivas, nos veríamos obligados á aprender todas las lenguas y á leer sus principales autores para saborear la variedad de los frutos que ofrece este inmenso campo. Por esto á todos los jóvenes cuya docilidad nos ha dado alguna influencia sobre la dirección de sus estudios, y en quienes hemos visto preludios de ingenio y delicado paladar literario, hemos aconsejado que al tiempo de dedicarse á alguna lengua extranjera después de bien penetrados de la índole y recursos de la materna, se ejercitasen en trasladar los pensamientos ajenos haciéndolos propios con la posible exactitud siempre que este no perjudicase á la gracia; empresa no pocas veces difícil y escabrosa y por lo mismo no indigna de alabanza, cuando emprendida con ardor se lleva á feliz remate. En este método hallamos para el que lo sigue la doble ventaja de amenizar la aridez del estudio, y de fijar la atención en los giros de la lengua que aprende sin adquirir resabios que corrompen la que ya sabe; y para los que luego han de juzgar este trabajo, la de formar ideas aproximadas sobre el genio y modo de ver y de sentir de los escritores cuyas obras bajo otra forma se reproducen.

Hemos creído necesaria esta prevención para justificar la frecuencia con que en nuestras columnas presentaremos muestras de autores extranjeros cuyo conocimiento puede solo redundar en beneficio del arte; y desde hoy daremos lugar á un brevísimo juguete del poeta irlandés Tomás Moore, que nos parece bien vertido al castellano, según podrán juzgar los peritos co-

tejiéndolo con el original que por esta vez ponemos al frente de propósito. El concepto es delicado, ingenioso y bañado de cierta coquetería tanto en la forma como en el fondo; la traducción está en verso; porque en nuestro sentir el metro no se traduce en prosa.

Tomás Moore no pertenece ciertamente á la escuela inglesa; y parece que á semejanza de sus compatriotas busca en la poesía la independencia que ellos reclaman en religion y en política. Por esto no presentamos esta composicion como un tipo de un género nacional determinado: mas bien tiene traza de una imitacion de nuestros poetas mas meridionales, y aun cuando esto sea, en nada se menoscaba la originalidad del pensamiento y mucho menos la ligereza de la expresion.

Diremos antes algo del autor. «Inútil es buscar en él (observa su biógrafo L. Salvé) el mal humor y el escepticismo que bajo la pluma de lord Byron hiere y mata: para Moore las hermosas y los que viven felices en este mundo! para Moore el corazon y sus sentimientos, sus gozes y sus debilidades! La musa de Byron es ardiente: como la lava que brota del cráter de un volcan, destruye y aniquila cuanto toca: la de Moore vive y juguetona se mece en los dulces sueños de la imaginacion; su morada está en el cielo entre las sílfides y las hadas y entre las sonrisas y besos y lágrimas de amor: dijérase que es un leve espíritu que revoloteando sin cesar busca con ansia la fuente de luz y de calor de donde naciera. Su mágico lenguaje es el del corazon; las lágrimas que hace asomar á los ojos son deliciosas; su poesía presta vida y movimiento á todos los objetos de la naturaleza, y sus pensamientos son tan numerosos como aquellos insectos que se divisan en un rayo de sol.

»La sátira de Byron es fría y penetra como la aguda punta de un acero: la de Moore pica como la abeja despues de libar la miel en el cáliz de las flores. La musa de Moore, tan frivola, tan inconstante como Ariel, recorre todas las regiones y todo lo desflora: la prosa, los razonamientos frios y concienzudos, los periodos redondeados no se adaptaban á su carácter. Cuando cambia de esfera no se reconoce en él al poeta; su estilo es difuso, entrecortado: se vé que no está ya en su elemento. Sus biografías de Sheridan y de lord Byron, ambas estan muy mal pergeñadas. Por este motivo un discreto dijo un dia en presencia de Jorge IV que Moore había asesinado á Sheridan.—No, contestó el monarca, aunque ha habido conato ciertamente: y Jorge IV tenia razon. La vocacion de Moore se manifestó temprano; su padre era un comerciante acudado de Dublin, donde nació el poeta el dia 28 de mayo de 1780. Fue su primer maestro el pre-

ceptor de Sheridan, Samuel Whyte. Entró en *Trinity College* y al salir de la universidad se dirigió á Inglaterra, donde abrazó la carrera del foro; pero el buen éxito de su traduccion de las Odas de Anacreonte que se publicaran á la sazón le impelió á abandonar la toga de Temis para consagrarse al estudio de las bellas letras.

»Con todo, en 1803, época en que vieron la luz pública sus *Consideraciones* sobre los riesgos de la crisis política que amenazaba entonces á la Inglaterra, fue nombrado secretario del almirantazgo de las islas Bermudas. Moore partió para su destino y visitó y recorrió la América. La obra que despues de este viaje publicó sobre las costumbres americanas fue mordazmente criticada por Mr. Jeffrey, director de la *Revista de Edimburgo*; Moore retó al critico; pero intervino la policía y el duelo no se verificó. Aunque hubiese tenido lugar, los dos adversarios no corrián riesgo alguno, pues habiendo examinado las pistolas se encontró que estaban cargadas con unas simples bolitas de papel.

»Esta circunstancia dió origen en algunos epigramas que escribió Byron y que hirieron el amor propio y la estremada susceptibilidad de Moore. Hubo entre el ofensor y el ofendido algunas esplicaciones, despues de las cuales ambos se unieron con los vientos de la mas sincera amistad, en prendas de la cual lord Byron regaló á Moore varios preciosos manuscritos suyos. Despues de la muerte del gran poeta, Moore vendió los manuscritos por la cantidad de 2,000 libras esterlinas; pero allanándose despues á las instancias de la familia de Byron, devolió al editor su dinero y arrojó al fuego los manuscritos. Esta accion encomiada por algunos fue vituperada por otros, pues es evidente que obrando de esta manera no cumplía la voluntad de su amigo.

»A poco de haber tenido las esplicaciones con lord Byron, Moore se abandonó á su númen. A la *Media azul*, pequeña composicion llena de gracia y modelo de buen gusto, siguió el *Tiro-Penny-Post-Bag* y luego *The Fudge Family in Paris*, las *Melodías Irlandesas* y *Lalla Kookh* obra llena de gracia y de frescura en que la filosofía va unida á lo mas sublime de la poesía. Este poema le valió 3,000 guineas á su autor. Los *Amores de los Angeles* y otras poesías del momento se publicaron despues del *Lalla Kookh*; mas la llama de la inspiracion iba ya amortiguándose en el poeta. Los *Amores de los Angeles*, aunque contienen varios episodios admirables, son indudablemente inferiores á las demas producciones de Moore y mucho mas todavía al poema *El Cielo y la Tierra* de lord Byron, con el cual guarda gran analogia en cuanto al asunto.

La composicion que sigue es parte de las *Melodías Irlandesas*:

EE. What the bee is to the floweret
When he looks for honey-dew,

EL. Lo que es la abeja á la flor
Cuando liba su licor

Through the leaves that close embower it,
That, my love, I'll be to you.

SHE. What the bank, with verdure glowing
Is to waves that wander near
Whispering kisses, while they're going,
That I'll be to you, my dear.

SHE. But they say, the bee's a rover
Who will fly, when sweets are gone;
And when once the kiss is over,
Falthless brooks will wander on.

HE. Nay, if flowers will lose their looks,
If sunny banks will wear away,
'Tis but right, that bees and brooks
Should sip and kiss them, while they may.

Por entre el follaje espeso,
Eso quiero yo ser, eso
Para ti, mi dulce amor.

ELLA. Lo que la orilla es á solas
(Como lo contemplo aquí
En mi dulce frenesi)
Cuando la besan las olas,
Eso seré para ti.

ELLA. Mas ¡ay! dicen que es la abeja
Muy velozosa, mi amante
Libada la flor se abeja,
Y el arroyuelo inconstante
También sus márgenes deja.

EL. Pues si pierden su verdor
Las orillas, y su olor
Las flores, no es maravilla
Libe la abeja la flor,
Y el onda bese la orilla.

FEDERICO MUNTADAS.

PANTASTA.

(A unas dos leguas y media de Calatayud existe un monasterio de Bernardos, fundación de Don Alfonso el Casto: y á corta distancia de él se encuentra un delicioso valle, por enmedio del cual va serpenteando el riachuelo de Piedra, que es el que presta su nombre al monasterio. En uno de los recodos del valle se eleva un peñasco que parece haberse desgajado de la montaña vecina: peñasco enorme, de figura irregular, y llamado por el vulgo la PEÑA DEL DIABLO. Sentí vivos deseos de conocer la causa por qué el diablo había dado su nombre á aquella mole, cuando me refirió un natural de aquel país la tradición siguiente:

En el monasterio de Piedra vivía un santo varón de costumbres muy rígidas y austeras, contra el cual nada valían las astutas asechanzas del demonio. Es fama que viendo el diablo la heroica tenacidad de aquel monje, se irritó de tal manera que determinó acabar no solo con él, sino con todos aquellos santos cenobitas; y así una noche fue y se colocó en lo mas alto de la montaña que encierra el valle diciendo: *Esta noche voy á hacer una que sea sonada.* Entonces separó el peñasco posteriormente célebre y dióle violento empuje á fin de que volando por encima del estrecho valle fuera á caer precisamente sobre la morada en donde el justo residía. Pero el siervo de Dios que estaba orando á la sazón, observó los movimientos de su enemigo, y la peña que ligera venía á desplomarse sobre su cabeza. Hizo con suma diligencia la señal de la cruz, con lo cual la piedra perdió el empuje, y obedeciendo á las leyes de la atracción cayó al pie del sitio de donde se desgajara.)

I.

En medio de selva umbría
Y de montañas cercada,
Se descubre la elevada
Aguja de una abadía

.....

Se hundió el sol en su horizonte,
Y de la campana el son
En su toque de oración
Despierta el eco del monte.

Y una nube
Sube y sube
Desde el mar.....

Y al faltar la luz del día
En torno de la abadía,
Gira y muge sin cesar.

Y suenan voces y gritos
Cual de espíritus malditos.....
Pero el monacillo cesó

.....
Y en el silencio, pausadas
Sonaron diez campanadas
En el vecino reló.

II.

La luna brilla en el cielo
Y en las aguas se retrata,
Parece sierpe de plata
El fugitivo arroyuelo.

Sobre la yerba llanura
Lanza pálido fulgor
La luna..... y abre la flor
Su cáliz al aura pura.

Pero el silencio pasó,
Que de súbito pausadas
Dieron once campanadas,
En el vecino reló.

III.

La luna ya no brilla, y un impetuoso viento
De la santa abadía los muros azotó,
Y retumbó de pronto allí en el firmamento
Un trueno que en los montes el eco repitió.

.....

Y sobre la abadía se cierne lentamente
Un nubarrón negrozco que gira sin cesar
Y en él suena un murmullo, cual de veloz corriente,
Que en rápido descenso se precipita al mar.
Cabalgan en la nube espíritus malignos
Que lanzan carcajadas con infernal desden,
Y sus alitas baten, trazando extraños signos
Y esclaman: == «La abadía nuestra será también.»

IV.

Satan con audacia fiera
Vuela á la *roja montaña*,
Y ardiendo en ira y en saña
Prorrumpe de esta manera:

SATAN.

—Esta es la hora, la escrita
De acabar con la inocencia:
No haya piedad, no clemencia
Para esta raza maldita.

Sus heldades peregrinas
Causaron su destrucción:
Ya las ciudades ¿qué son?

—Tan solo un montón de ruinas.—

Mas en la abadía insana
Con viva solicitud
Aun se acata la virtud,
¡Que no suceda mañana!

VOZ DEL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA.

La hora llegó por fin:
Esta es la hora, Satan,
Que invoqué con tanto afán
Desde el crimen de Cain.

SATAN.

¡Espíritu! aquí se encierra
El varón que sirve á Dios.....
Calgamos sobre él los dos
Y es nuestra toda la tierra.
No es la nuestra porfía.....

.....
¡Mira los genios cuán danzan
En la nube, y se abalanzan
Sobre la santa abadía!.....

VOZ DEL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA.

Contado el varón, ignora
La trama que urdida está.....
Si, nuestro al salir la aurora
El orbe entero será.....

.....
.....
.....

Y un enorme peñasco lanzándose violento
Voló hácia la abadía, morada de la fe

.....

Mas una cruz radiante, brilló en el firmamento
Y una muger hermosa, mirábase á su pie.

Se disipó cual humo, la nube de repente
La Peña dentro un lago, con ímpetu cayó,
Las aguas conmovidas, calmáron lentamente.....
Y al punto resonaron las doce en el reloj.

.....

V.

De entonces entre reflejos
Se vía de débil luz
A media noche la cruz,
¡Y cada noche mas lejos!

Y en la montaña, en el lago
Alzabase con porfía,
Un murmullo sordo y vago
Que lento desaparecía.

Y una voz aterradora
Que pregonaba venganza
—¡Ya volverá nuestra hora,
No perdamos la esperanza!—F. M.

TEATROS.

Alterando en cierta manera el orden lógico de los objetos que han de prestar materia á nuestro exámen sobre el estado de la literatura en sus numerosas divisiones, vamos á empezar por la escena teatral; no por dar á este ramo una preferencia apasionada é injusta, sino porque siendo el mas fecundo, el mas activo, el que ofrece mas frecuentes novedades, exige que nos apresuremos á tomarlo en inmediata consideracion, no sea que se acumulen escesivamente las introducciones de tan preciosa mercancía por nuestra aduana, y nos veamos apurados por falta de tiempo para hacer tan minucioso el registro y tan equitativo el avalúo como á nuestra conciencia corresponde.

Tenemos que fijar una época que sirviendo de punto de partida dé á nuestro trabajo cierta unidad, y esta época será la del principio del presente año cómico, de que llevamos corridos mas de dos meses: por lo cual nuestra reseña va á ser rápida, y precisamente muy superficial, dejando á nuestro pesar para mas adelante y mas despacio la indagacion de las causas que han concurrido á formar el gusto dominante en la actualidad en el público espectador, y á estimular los ingenios hasta un punto sumamente honroso para nuestra nacion.

La literatura dramática ha campado las mas veces por sus respetos con independencia de los demas ramos: así es que en medio de la deca-

dencia y corrupcion del language durante el siglo XVII las musas españolas se refugiaron en el teatro, donde por largos años mantuvieron su imperio, y que entre el cinismo de la revolucion la escena francesa no se vió invadida por el general contagio, antes bien se conservó pura, decorosa y exenta de inmoralidad. Fenómenos son estos que merecerian mas profundo exámen; y tanto mas, cuanto los juces de estas producciones son enteramente distintos de aquellos que comunmente pronuncian su fallo sobre las de otros géneros.

La crítica de un libro se ejerce privada é individualmente, no diremos por los que son capaces de apreciar su mérito, pero á lo menos por los que se toman el trabajo de leerlo, que no son muchos; mas una obra dramática se entrega á otra clase de censura mas democrática, mas tumultuosa, mas sujeta á pasiones, jurado compuesto de vocales reunidos al acaso é incompetentes en su mayor número, si se atiende solo á sus conocimientos en el arte. Hay un instinto sin embargo que suple la inteligencia, que á menudo se engaña, y que otras veces juzga con igual acierto y con mayor prontitud. De aquí se deducen dos consecuencias; primera, que si en vez de querer examinar el estado de la literatura buscamos la disposicion que tiene un pueblo á saborear sus bellezas, al teatro debemos acudir para formar un concepto aproximado: segunda; que los fallos dados por este tribunal no son inapelables y deben sujetarse á revision, derecho que no renunciaremos por cierto, valga lo que valiere.

Al resultado de aquella primera instancia contribuye tambien poderosamente el desempeño de los actores, infinitamente mas que al triunfo de una causa la elocuencia y destreza de su defensor. En esta parte nos proponemos ser muy sobrios y circunspectos; porque esperamos muy poco de cuantas observaciones pudieramos hacer: nuestros actores hacen poco caso de las que se les dirigen: suelen recibirlas con desden y aun como ofensas, olvidando que si Talma desechó sus primeros resabios y llegó á la perfeccion, fue precisamente por la critica de los diarios, que tantos accesos de calentura le hicieron pasar.

La concurrencia á los espectáculos ha crecido sin duda, á medida que ha ido renaciendo la tranquilidad pública, que plegue al cielo sea duradera. Durante la lucha civil se vió claramente

la influencia que ejercieron en las diversiones, mas ó menos dispendiosas el desasosiego de los ánimos y la escasez general de los recursos. Sin embargo, entonces fue cuando los ingenios empezaron á desplegar aquella actividad que ha seguido despues con suma gloria, por lo mismo que era preciso hacer esfuerzos para estimular el apetito y llamar la atencion de un pueblo desgastado y distraido. Ahora, á pesar de las funciones semi-privadas con que en varios establecimientos dignos de aprecio acude á solazarse una parte escogida de la culta sociedad, los teatros públicos atraen un número razonable de espectadores.

No sin algun resentimiento de amor patrio nos vemos obligados á observar que la escena lirica italiana logra cierta preferencia sobre la representacion de los dramas españoles. A estos se dedican en la capital de la monarquia dos solos teatros, uno de los llamados principales, el el del *Príncipe*, y otro de segundo orden, el de las *Variedades*, al paso que para la ópera italiana con alguna funcion intercalada de baile pantomimico existen dos de la primera categoria, el de la Cruz y el del *Circo*, duplicidad de que no pueden envanecerse aun las grandes capitales de Francia y de Inglaterra. Estamos muy lejos de negar la conocida ventaja que ofrece la lengua italiana sobre las demas vulgares para la poesia aplicada al canto, ni dejamos de conocer que la abundancia y la pericia de los artistas que allí cultivan sus buenas disposiciones naturales son una causa permanente de esta invasion que á todas las naciones se estiende. Pero con una lengua como la nuestra, que despues de aquella á ninguna otra cede en dulzura y flexibilidad, con un gusto y aficion á la música que maravillosamente va cundiendo por todas las clases, con una multitud de ingenios que no deberian avergonzarse de entrar en competencia con *Rommi*, con una porcion de maestros compositores, cuya fama no se encierra dentro de nuestras fronteras, con trece años de conservatorio establecido para el fomento de un arte que no deja de ser lucrativo, debemos extrañar que tantos elementos reunidos y combinados no haya producido todavia ni siquiera un ensayo de la ópera española, por la cual hace tiempo suspiramos, envidiosos de que otras naciones que hablan lenguas poco melodiosas disfruten no sin gloria de este beneficio.

Tomando las cosas como Dios las envia, ello

es que la afición á las representaciones líricas italianas, lejos de menguar, crece entre nosotros espontáneamente, y que no estamos ya en aquellos tiempos en que, según se dice, las personas que paseaban á cierta hora por el Prado de San Gerónimo eran conducidas de grado ó por fuerza por las patrullas á la magnífica sala donde el amable *Farinelli* prodigaba á la vista del feliz Fernando VI todos los tesoros de lujo y de la armonía. Aun en nuestros tiempos, si la ópera italiana formaba ya las delicias y la diversion favorita de una de nuestras capitales de provincia, la corte de Madrid, pospuesta para el caso á las demas de Europa, no entraba en el número de aquellas, en que el distinguido artista extranjero encontraba paternal acogida. Y ora fuese por el estado verdadero del país agitado por continuas discordias, ora por las relaciones monstruosas y exageradas que sobre la inseguridad de nuestros caminos y de nuestras estancias se publicaban en el extranjero, pocos artistas de mérito osaban pisar este suelo que se les pintaba lleno de peligros.

Pero esta ridícula é infundada preocupacion va desapareciendo. En estos tres últimos años han visitado nuestra corte varios personajes extranjeros de elevada categoria, muchos hombres célebres en la república de las letras, y un crecido número de esos artistas, cuyo talento admiran igualmente los hombres de todas las naciones y de todos los tiempos, porque el arte en que se distinguen es universal. Rubini, Listz, Artot, Moriani, la Tosi, Guasco y Ronconi han añadido en Madrid una hoja mas á la envidiable corona que ciñe sus sienes.

La espléndida competencia entre una y otra empresa, probablemente contraria á los intereses inmediatos de cada una, ha cedido sin duda alguna en beneficio del público; y en esta parte como en otras muchas cosas el esfuerzo particular, y tal vez el espíritu de rivalidad, han producido aquí los buenos efectos que otras naciones deben á la ilustrada solicitud de sus gobiernos. En España los teatros en vez de tener subsidios que los fomenten, tienen cargas que los abrumen, y servidumbres que no los dejan medrar. Difícilmente pueden ser objeto de especulacion, y solo cuando miras de otro género vienen á sobreponerse al deseo de grangeria, salen los teatros de su languidez habitual y afirman el paso en su carrera. Por desgracia estos esfuerzos artificiales y extraordinarios no suelen ser dura-

deros, y cuando el cansancio los afloja y enerva, principia á manifestarse la decadencia que se hace mas sensible por la comparacion, y á los males antiguos se agrega otro muy funesto: el de una necesidad creada y no satisfecha. El fin que nos proponemos en hacer esta observacion, es escitar el celo del gobierno para que acuda á sostener unos establecimientos que son á un mismo tiempo un signo y un medio de civilizacion.

Así es que mientras la empresa del Circo para dar á su compañía el color y contraste que le faltaba, atraia al distinguido baritono señor Ronconi, la de la Cruz fundaba el éxito de sus combinaciones en asegurarse en la posesion del señor Guasco y de la señora Tosi. El señor Guasco tenía que luchar con peligrosas reminiscencias. Acababamos de oir al señor *Moriani* en la *Lucrezia*, en la *Lucia de Lammermoor*, y sobre todo en el *Luigi Rolla*, donde brilló con todo su esplendor; bien es verdad que el *Rolla* puede llamarse concepcion suya: el entusiasmo es comun en todas las artes, y solo un grande artista puede representar dignamente á otro grande artista. Ya el señor Guasco era conocido desde la anterior temporada: de la partida de Moriani hasta la llegada de aquel solo mediaron quince dias que llenó con buen éxito el señor *Flavio* en la *Sonnambula*: espacio muy limitado para encontrar borradas tan frescas y tan profundas impresiones. Nada hay tan temible como las comparaciones, y el público siempre compara. La buena acogida que despues de su antecesor encontró Guasco en el *Hernani*, es el mejor testimonio de su mérito, que le coloca en situacion de sostener la contienda sin desventaja.

Con tan felices auspicios se preparó la nueva temporada. La señora Tosi repuesta de una larga y penosa enfermedad que la alejó de la escena por espacio de dos meses, volvió á presentarse ante el público con el *Roberto Devereux*. En el desempeño del papel de Elisabetta lució su dulce y estensa voz dando pruebas inequívocas de su esquisito gusto en el canto: como actriz caracteriza de tal manera el personaje que representaba que vimos en ella á la reina Elisabetta tal como la historia nos la presenta; apasionada, celosa, siempre inflexible, á veces cruel. Sin embargo, tuvo la mala suerte de no verse secundada por ninguna de las demas partes. El tenor *Paterni* estuvo desgraciadísimo en cuantas representaciones se dieron del *Roberto Devereux*.

La *Lucia de Lammermoor* fue la segunda ópera que eligió Flavio. Omitimos nuestro juicio acerca de ella; solo diremos que recibió estrepitosos aplausos, y que algunos articulistas le consideraron al nivel del mismo Moriani.

Salas, que en el *Don Pasquale* se había elevado á la altura de su carácter de bufo cómico, adquirió nuevos lauros en el *Columella*. No así la señora Manzochi, pero es forzoso confesar que el gusto de canto de esta señora no corresponde al siglo en que vivimos, pertenece á la mitad ó á fines del siglo pasado. Dióse en seguida la *Maria de Rohan*, en la cual hicieron verdadero fanatismo la Tosi y Guasco. La cavatina y el rondó á la primera le han valido el ser llamada á las tablas cuantas noches se ha ejecutado la ópera. En verdad que no cabe mas naturalidad en el canto ni mas fuego ni expresion, ni una ejecucion mas fácil y rápida atendido lo extenso de su voz. Guasco se distinguió igualmente en su hermosa ária de salida compuesta para él por el profesor Gastaldi y en la romanza del segundo acto. En la crítica separada del *Giuramento*, en el cual el señor Guasco desempeña el interesante papel de Viscardo, examinaremos sus cualidades como artista. Dejamos de hacerlo aqui, porque esta que solo es una breve reseña se va prolongando mas de lo que hubieramos querido. La parte de duque de Chevreux se confió al señor Meini, quien á la verdad se esmeró cuanto pudo en su desempeño.

L'Elesir d'Amore, á beneficio de la señora Tirelli, hizo un completo *fiasco*, y debió hacerlo en justicia, y sin embargo hubo aplausos y coronas.

Ultimamente se puso en escena despues del *Elesir* el *Romeo y Julieta* á beneficio de la señora Tosi. La beneficiada se encargó del difícil papel de Romeo. La ópera en algunos trozos estaba un tantobaja á su *tessitura*, lo que no deberá maravillarnos, si atendemos á que la señora Tosi acaba de dar varias representaciones de la *Maria*, ópera en estremo aguda. Por lo demas cantó y caracterizó su papel de una manera esquisita. El Romeo, tan tierno, tan apasionado en el duo con Julieta, tan audaz con Tebaldo su rival, y sobre todo el Romeo del último acto en la escena del cementerio es el Romeo que concibió Shakspeare en sus sueños de poeta. Su muerte fue escena verdaderamente sublime. Por desgracia se encontró en aquel horrible paso con la señora Chimeno, que aunque revela gran-

des disposiciones para el teatro, es aun novicia en él; y á propósito de la señora Chimeno no podemos pasar en silencio el aplomo y gusto con que cantó su lindísima aria desalida.

Guasco hizo el Tebaldo como era de esperar, aunque esta parte como á la Tosi la suya le estaba baja.

Las funciones de la Cruz han estado interrumpidas por espacio de algunos dias con motivo de un litigio entre la empresa y el maestro Carnicer, originado de las obligaciones y trabas que tiene impuestas sobre los teatros su viciosa organizacion. No es de nuestra competencia inmiscuirnos en los derechos controvertidos, pero si debemos lamentarnos de que el público salga perjudicado por intereses que le son ajenos.

Es tiempo de pasar al Circo. Tres han sido las óperas nuevas que se han puesto en escena en este teatro del Circo desde el dia de Pascua acá, y en las tres ha tomado parte el señor Ronconi. Fue la primera la *Maria di Rohan*, en la que desempeñó el papel de duque de Chevreux. Mucho esperaba de este artista el público, porque muchos eran los encomios de que se hallaba precedido. Eran justos: Ronconi ya la primera noche logró entusiasmar á los espectadores; sobre todo en aquella escena del tercer acto cuando descubre que su muger abriga en secreto una pasion culpable, son de admirar en Ronconi el cambio de fisonomía, sus movimientos arrebatados, aquella especie de desfallecimiento que es la consecuencia de las sensaciones mas fuertes é inesperadas, y el tránsito instantáneo y repetido á los celos y á la ira con inflexiones de voz maravillosamente acomodadas á la situacion de ánimo en que se encuentra. Al llegar aqui no podemos impedirnos de manifestar cuan sensible es que Ronconi no haya venido contratado para la Cruz ó que la Tosi y Guasco lo hubiesen sido en el Circo. Entonces habríamos oido cantar la *Maria* cual no se ha oido en ninguna parte: entonces tendríamos una compañía italiana que rivalizaría con las mejores de Europa; ahora es verdad tenemos dos; entrambas incompletas.

La *Bentrice di Tenda* fue la segunda ópera con la que Ronconi se presentó ante el público. La señora Ober Rossi la chilló por un método desconocido hasta el dia: el único que cumplió con su deber fue Ronconi, pero todos sus esfuerzos no pudieron evitar el naufragio porque la par-

te de *Filippo* es inferior á la de *Beatrice*.

Ultimamente se ha dado en el Circo el *Corrado d'Altamura* con la cual ha hecho su debutó la señora Giovanina Bonconi: de ella hablaremos por separado.

Parece que está ya ajustada para el Circo la señorita Adela Dabedilhe, de la cual tenemos las mas favorables noticias, y que han llegado de Lisboa la señora Albertini y el señor Tamberlick.

A pesar de la poderosa rivalidad opuesta por las representaciones líricas, y de otras contrariedades fortuitas, entre ellas la peligrosa enfermedad del excelente actor señor Latorre, de los dos teatros españoles de verso, el uno ha sostenido dignamente su representación, y el otro á costa de laudables esfuerzos la va adquiriendo cada dia. En este último (el de las *Varietades*) se han estrenado varias composiciones dramáticas, algunas de ellas de verdadero mérito en su linea, lo cual no es muy comun en los teatros de segundo orden. Bien quisiéramos ahora mismo dar una idea individual, aunque ligera, de estas composiciones; pero ya nos va faltando espacio para dar á este número alguna variedad de materias, y despues de suprimidos algunos artículos que para él teníamos preparados debemos estrechar las dimensiones del que vamos escribiendo. No faltará mas adelante ocasion de salir alguna vez de nuestros límites semanales á escursiones frecuentes por los campos ya segados.

El teatro del Príncipe prospera bajo la direccion del señor Romea, actor inteligente y relacionado con los buenos ingenios que confian á su pericia el buen éxito de sus producciones, prueba importante de que depende muchas veces la acogida de la obra y la fama de su autor. Un drama histórico, *Felipe el Hermoso*, una comedia de costumbres actuales, *La Entrada en el gran mundo*, y otra de capa y espada, *Las Mocedades de Hernan Cortés*, han sido las principales novedades que han llamado, no sin justicia, la benévola atencion del público, hasta que hace dos noches se ha presentado un nuevo drama histórico, *La Jura en Santa Gadea*.

El grande inconveniente de *Felipe el Hermoso*, obra de los señores Asquerino y Larrañaga, es el pálido color de su protagonista que no ofrece atractivos á la aficion del espectador, ni motivos á aquella repugnancia que es tambien origen de sensaciones agradables. Cuando la histo-

ria presenta un carácter de esta clase, conviene atribuirlo á una causa que tenga en sí algo de grande, á pasiones fuertes que por su misma violencia han apagado la energía del ánimo, á obstáculos superiores contra los cuales no puede el hombre luchar con ventaja, á fascinaciones, á errores combatidos con vano empeño que dan lugar á vacilaciones, á repentinos arranques donde se desconoce por un momento al hombre que vuelve á aparecer en seguida sumergido de nuevo en su profunda nulidad. Nada de esto vemos en *Felipe*: nada revela en él al padre de Carlos V., Rey indolente, amante tibio, ni bueno ni malo, tal como se le describe jamás. Heurá el teatro con la grandeza de su figura; y todas las bellezas de la composicion, todos los golpes dramáticos que en esta abundan no logran borrar esta culpa original.

La Entrada en el gran mundo es digna del autor de la *Rueda de la Fortuna*, el apreciable señor Iturr, conocedor profundo de la sociedad en que vive: elegancia, buen tono, travesura cómica, contraste de claro-oscuro, intencion, moralidad son las dotes de esta bellísima comedia que se repetirá siempre con aplauso.

Las Mocedades de Hernan Cortés indican en su autor el señor Escosuna un grande progreso en el movimiento teatral y el arte de dialogar que se resentía de alguna pesadez en sus anteriores producciones. Se le ha reconvenido por algun crítico de escaso en la intriga de la fábula y de rareza ó escentricidad como ahora se llama en el carácter de su héroe. Lo primero es achaque del género, lo segundo no deja de traslucirse en los lances posteriores de su vida, cuando la suerte le condujo á mayores empresas. De su tenacidad y espíritu de contradiccion no faltan ejemplos; y si las comedias que describen los genios que se elevan sobre la esfera comun han de presentar el embrión de un carácter todavia no desarrollado ni corregido por la esperiencia de la edad, bien pueden admitirse suposiciones que en un hombre comun serían tal vez absurdos. Por lo demas, el fondo es histórico. «Era Hernan Cortés (dice su historiador don Antonio Solís) mozo de gentil presencia y agradable rostro; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otras de su propio natural, que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes: era festivo y discreto en las conversaciones, y partía con sus compañeros cuanto adquiría con tal generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar

agradecidos. Casó en aquella isla (Cuba) con Doña Catalina Suarez de Pacheco, doncella noble y recatada, sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velazquez, y le tuvo preso hasta que ajustado el casamiento fue su padrino, y quedaron tan amigos, que se trataban con familiaridad.» La generosa resolución de Marta que le libró de la muerte sabiendo que tenía otros amores ha sido también combatida, en nuestro concepto, con harto rigor. Marta era española, y los españoles que fueron á poblar el Nuevo Mundo tendrían precisamente ideas hasta tal punto caballerescas, que se nos hacen inverosímiles en este siglo de codicia, si bien dicen malas lenguas que nuestro famoso conquistador de la Nueva España no estuvo del todo exento de esta pasión. Menos creíble parece este hecho en un hombre de tan altos pensamientos, que unas mocedades que no desdiseñan ciertamente de sus heroicas y afortunadas locuras.

Como mas reciente y mas profunda, dura todavía en nosotros la impresion que nos ha causado la *Jura en Santa Gadea*. Mucho esperábamos del señor Hartzenbuch, que tantas muestras de pericia tiene dadas en este género de dramas, como que á una imaginacion fecunda y brillantísima, á una sensibilidad esquisita, á una locucion pura, flexible, variada en todos los matices conformes con el buen gusto, reúne el conocimiento del arte y el de la época en que coloca su accion. Para modelo de estudio preferiremos siempre sus dramas fundados en la historia ó en la tradicion, fuentes de que saca un partido maravilloso. Pero entre todo lo que ha salido de su pluma desde los *Amantes de Teruel* no dudaremos en dar la palma á su última obra, que así en la forma como en el fondo es eminentemente nacional. Nadie ignora lo que refieren los cronistas sobre el empeño que tuvo el Cid Rodrigo de Vivar en arrancar del rey Alfonso el juramento de su inculpabilidad en el asesinato de su hermano don Sancho de Castilla, empeño que si los contemporáneos pueden calificar de desacato, aparecerá siempre en la historia como un rasgo sublime y leal que su conducta posterior plenamente justificó; pues no son los mejores servidores de los reyes aquellos que los adulan y les hacen concebir ideas exageradas de su potestad. Pero nadie habia combinado este suceso con los amores del héroe, antes bien su casamiento con doña Jimena se referia desde muy antiguo á otro lance, sublime tambien por

cierto, pero de naturaleza privada, contra cuya creencia se ha rebelado no pocas veces el orgullo español. Así es que Francisco Santos en su libro que tituló *La Verdad en el potro y el Cid resucitado* introduce á Rodrigo denostando á un coplero que cantaba la escena en que su padre le confiaba la venganza de su afrenta. «Mientes, vil cantor y vil poeta (dice el Cid), que en cuanto has dicho te engañas; y para que lo conozcas, mi padre se llamó Lain Diaz, y de sangre real; pues siéndolo y supuesto que dices que tuvo valor para apretar tanto á sus hijos que los mataba, ¿cómo habia de apartarse de quien le habia ofendido sin tomar venganza de un agravio, y mas diciendo tu mala lengua que fue bofetada dada en presencia del rey? Vuelvo á decirte que mientes que los reyes de Castilla ni aun entre sueños sufrieron semejante atrevimiento, y mas hecho á tan principal caballero, que antes y despues de él hubo en su linaje muchos reyes de Castilla, Leon, Navarra, Aragon y Asturias.» De todas maneras creemos que los amores del Cid estan mejor colocados como episodio importante de una accion tan famosa como la toma del juramento al rey Alfonso, que convertidos en accion principal de una tragedia tal como la escribieron Guillen de Castro y Diamante, y como el gran Corneille la acomodó gloriosamente al teatro francés: tal es nuestra opinion sin atender mas que al interés del arte dramático en general; pero si nos concretamos á las simpatías del pueblo español, esta observacion adquiere todos los grados de evidencia. El señor Hartzenbuch, pues, al poner en escena un hecho que por su grandeza reúne todas las condiciones de trágico, ha echado mano del obligado recurso del amor; pero no como estímulo, aunque el amor es capaz de inspirar las mas altas resoluciones y asimismo las mayores debilidades, sino antes bien como obstáculo y poderosa tentacion contra el decidido é irrevocable propósito de purificar de toda sombra de sospecha la frente real antes de recibir el homenaje de los castellanos. Y esto que regularmente los amores del señor Hartzenbuch son puros, inocentes, angelicales, ingenuos, preexistentes al individuo, y como dice en otra composicion

Recuerdos de otro cariño

Tenido antes de nacer;

pero en medio de esta aparente blandura infantil, á pesar de simbolizarse cándidamente en dos ca-

razones colgados como *ex-voto* en las paredes de una hermita, estos mismos amores adquieren instantáneamente una virilidad robusta y se hacen capaces de resistir á todos los golpes, cediendo impasiblemente al deber; porque su victoria consiste en ser vencidos. — No daremos la esplicacion de la fábula: somos poco aficionados á estos sumarios; porque siempre se hacen una y no es fácil hacerlos medianamente. Sin embargo allá en segundo término aparece una figura magnífica, bien delineada, digna de la corona que ciñe; que sufre, que disimula, que concilia, que contribuye poderosamente al desenlace de la fábula: la reina viuda, á quien el autor, apoyado en testimonios poco conocidos, llama Doña Alberta, muger de ánimo esforzado, que consuma un sacrificio inmenso en las aras del decoro, condicion triste alguna vez, pero necesaria siempre á la magestad.

Si quisiéramos presentar ejemplares de las bellezas parciales, seria preciso trasladar todo el drama. Como muestra de buena versificación y de gran conocimiento escénico, copiaremos únicamente por conclusion el sueño que refiere el Cid á su Jimena. Un gran defecto tiene: solo un actor consumado puede recitarlo. ¡Dios preserve á estos bellos versos de caer en bocas profanas!

Cid. ¡Ah muger de pecho hidalgol
¡ah fiel amante sin par!

¿Qué soy para tí? ¿qué valgo?

JIMENA. Di el sueño: soñemos algo:
tardemos en despertar.

Cid. Cabalgaba aprisa y lleno
de triste inquietud el seno:
flotaba el manto al desgair:
bramaba furioso el aire,
retumbaba hórrido el trueno.

«Venec á ese viento veloz,»

gritábale yo á Babieca,

su hijar batiendo feroz.

En esto doliente y bueca

lejana se oyó una voz.

«De vuelta la escucharé:

corra ahora el caballo, corra.

¿No hay quien por Dios me socorra,

por la Virgen? » Se me fue

de sí la mano á la gorra.

Hacia el eco lastimoso

dirijo al noble animal:

un relámpago horroroso

me alumbró, y miro un leproso

hundido en un tremedal.

«Da la mano.—No está sana.—

no la toques (replicó)

sin guante.—Advertencia vana:

quizá moriré mañana,

Ten y sal. Sube.» Subió.—

«¿Dónde habitas?—Lejos.—Guía,
que no por eso desmayo.»

Aquí me miró al soslayo,

y dijo: «haces bien.»—Corría

mi caballo como rayo,

y un valle de sepulturas

hollaba su planta leve.

Entonces las vestiduras

de aquel hombre, antes oscuras

y hediondas, ya de la nieve

afrentaban al albor:

sus llagas y cicatrices

lanzaban vivo fulgor.

JIMENA. ¿Es sueño lo que me dices?

Cid. Es verdad, es un favor

que el cielo me otorga, acaso

para que en la lid sueñaba

sin sentir hoy el fracaso.

JIMENA. ¡Oh!

Cid. «Mira,» gritaba al paso

mi guía, «mira» era tumba.

Alta fue; mas ya cayó,

pues á un guerrero erigida

de alua leve y fementida,

del libro se le borró

de la fama y de la vida.

A un soberbio al otro lado

esconde la espesa grama:

por su orgullo ese soldado

yace siglos ha borrado

del libro de vida y fama.

Con esa severidad

Dios en el varon que lidia

persigue la vanidad,

postra la inhumanidad

y escarnienta la perfidia.

Huya el escollo Rodrigo

que glorias mil sumergió;

si no, perderá en castigo

fama aquí, vida conmigo.»

Dijo y desapareció.

JIMENA. ¿Qué espanto!

Cid. Y halléme al pie

de esta iglesia; á ella acudí:

oré, me repuse, hablé:

bajo el dosel pretendí

velar; dormíme, y soñó:

y el benigno protector

que desde el empero cielo

vino á enfrenar mi valor,

me dió un sueño de consuelo,

tras la vision de terror.

JIMENA. ¡Ah! ¡Dí, dí.

Cid. Sobre la arena

de un mar, de naves enojado,

vi una ciudad saracena,

tinta en sangre cada almena,

cada muro aporcellado.

Sin arma en el talabarte

donde la cruz tremolaba....

¡y era verde el estandarte!

JIMENA. Es el tuyo.
 Cid. Con decoro
 disimulando el rubor,
 sumiso un alcaide moro
 ponía unas llaves de oro
 á los pies del vencedor.

JIMENA. ¿Quién era?
 Cid. Le descubrí
 solo de espaldas á mí;
 pero tú, bella y ufana
 cual triunfante soberana,
 tú, Jimena, ibas allí.

JIMENA. ¡Yo!
 Cid. Y á dos niñas tomaste
 de la mano y las llevaste
 al héroe: fué á volver....—
 Y en esto me despertaste,
 y á ti solo hubo de ver.

ANUNCIO.

EL ESPAÑOL saldrá todos los días menos el Domingo.

En lugar del número correspondiente á dicho día publicaremos una REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES, la que constará de un pliego en 4.º de á 16 páginas de impresión.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

	UN MES.	TRES MESES.	SEIS MESES.	UN AÑO.
A El Español.	rs. vn.	12	34	63
A la Revista literaria.	5	14	26	48
A ambos periódicos.	16	46	90	173

EN LAS PROVINCIAS.

A El Español.	21	60	116	220
A la Revista literaria.	6	15	28	54
A ambos periódicos.	25	75	140	270

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

A El Español.	ps. fs.	1 1/2	4 1/2	8 1/2	16
A la Revista literaria.	1/2	1	2	4	
A ambos periódicos.	1 3/4	5 1/4	10	18	

Los suscritores que entren siéndolo por término de un año á EL ESPAÑOL y á la REVISTA LITERARIA semanal, tendrán derecho:

1.º A la tabla analítica de las materias contenidas en el periódico que distribuiremos por cuadernos cada seis meses.

2.º A las entregas en tomos primorosamente encuadernados de las novelas que publique el periódico.

3.º A recibir gratuitamente *El viaje á Italia* por Don ANDRÉS BORNHEG, obra que consta de dos tomos, en papel é impresión de lujo, y cuyo precio en venta será de 50 rs. La obra se repartirá en agosto próximo.

4.º A ser inscritos como *suscritores-fundadores*, cuyo título les asegurará todas las ventajas de una vasta y provechosa asociación económica, de que la empresa se reserva hacer exclusivamente partícipes á esta clase de suscritores.

Los suscritores por seis meses recibirán la tabla analítica de materias, y los tomos de novelas encuadernados.

Los suscritores por solo tres meses no recibirán la tabla analítica, pero si los tomos de novelas á la rústica y tendrán derecho á aquella renovando la suscripción.

Los suscritores de á un mes no tendrán derecho ni á la tabla de materias ni á los tomos de novela, y solo recibirán el periódico.

Los comunicados que la redacción admita, no siendo de interés público pagarán 4 rs. por línea de inserción. Si versasen sobre asuntos que sean personales á los suscritores, solo pagarán estos

1 real por línea los de á un año.

2 los de á seis meses.

3 los de á tres.

Los anuncios se regularán por los precios marcados en las tarifas que se hallan de manifiesto en nuestras oficinas, y en los puntos de suscripción tanto en Madrid como en las provincias.

Las suscripciones empiezan el 1.º y el 15 de cada mes.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

En la librería de HIDALGO y COMPAÑÍA, calle de la Montaña, y en la Galería de Cristales de San Felipe, núm. 15, y en la librería de la Viuda de JORDAN é HUOS.

EN LAS PROVINCIAS.

En todas las administraciones de correos del reino, y en las principales librerías.

MADRID: 1843.

Imprenta de la Sociedad de OPERARIOS.